

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1995

ARCHIVO HISPALENSE
REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

DIPUTACION
DE
SEVILLA

Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

Depósito Legal SE-25-1958. ISSN 0210-4067

Impreso en Tecnographic, S.L., Políg. Calonge, c/A, Parc. 12- SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2ª ÉPOCA
1995



TOMO LXXVIII
NÚM. 239

INTERCAMBIO

SEVILLA, 1995

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1995

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE

Número 239

CONSEJO DE REDACCIÓN

ALFREDO SÁNCHEZ MONTESEIRÍN
Presidente de la Diputación Provincial

MANUEL COPETE NÚÑEZ
Diputado del Área de Cultura y Ecología

LEÓN CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ	FRANCISCO MORALES PADRÓN
ANTONIO MIGUEL BERNAL RODRÍGUEZ	VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO
BARTOLOMÉ CLAVERO SALVADOR	PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ
CARLOS COLÓN PERALES	ROGELIO REYES CANO
ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ	SALVADOR RODRÍGUEZ BECERRA
JUAN BOSCO DÍAZ URMENETA	JUAN MIGUEL SERRERA CONTRERAS
ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ	ESTEBAN TORRE SERRANO
MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ	ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ
JUANA GIL BERMEJO	ALBERTO VILLAR MOVELLÁN
JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ	FLORENCIO ZOIDO NARANJO
ANTONIA HEREDIA HERRERA	

Dirección Técnica:
CARMEN BARRIGA GUILLÉN

Secretaría y Administración:
CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

Redacción, Administración y Distribución: Avda. Menéndez y Pelayo, 32
Teléfonos 455 00 28 y 455 00 29
41071 Sevilla (España)

SUMARIO

ARTÍCULOS

Páginas

HISTORIA

- PASCUAL BAREA, Joaquín: *De *Mons Acvtvs al Castillo de Cote (ḤIṢN AQŪṬ)*..... 11
- MURPHY, Martin: *Lady Mary Herbert, una minera en Sierra Morena, 1727-67*..... 29
- DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ-ADAME, Mauricio: *El escudo de la Diputación de Sevilla*..... 45

LITERATURA

- ROMERO LUQUE, Manuel: *Las ciudades de Manuel Machado*..... 63
- UTRERA TORREMOCHA, M^a Victoria: *El drama y ruptura del género en el Teatro del siglo XX: crisis de la palabra y proceso de novelización*..... 81
- ALCALÁ CASTILLA, María: *La teatralidad en los Sermones del loco Amaro*..... 113

ARTE

- AROCA VICENTI, Fernando: *Las Casas Capitulares de Jerez de la Frontera en la segunda mitad del siglo XVIII: obras y reformas*..... 129

QUILES GARCÍA, Fernando: <i>El pintor sevillano Andrés de Rubira en la Asunción de Estepa (Sevilla)</i>	145
---	-----

MISCELÁNEA

SÁNCHEZ SAUS, Rafael: <i>Garcí Sánchez de Arauz, jurado de Sevilla y autor de los "Anales"</i>	163
--	-----

GONZÁLEZ MORENO, Joaquín: <i>Un plano inédito de las Almonas de Utrera</i>	171
--	-----

LIBROS

Temas sevillanos en la Prensa Local.	177
---	-----

CRÍTICA DE LIBROS

SIERRA, María: <i>La política del pacto</i> . Por Enrique Soria Medina.	209
--	-----

RAVÉ PRIETO, Juan Luis: <i>El Alcázar y la muralla de Marchena</i> . Por Rafael Cómez Ramos.	211
---	-----

RODRÍGUEZ PACHECO, Pedro: <i>Oda civil</i> . Por Carmelo Guillén Acosta.	212
---	-----

LAS CIUDADES DE MANUEL MACHADO

LITERATURA

El estudio de las ciudades de Manuel Machado se ha desarrollado en los últimos años de la literatura española. Desde el momento en que se publicó el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951), se ha ido ampliando el campo de la investigación, siempre a la vez en el terreno de la historia y de la literatura. En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951). En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951). En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951).

El estudio de las ciudades de Manuel Machado se ha desarrollado en los últimos años de la literatura española. Desde el momento en que se publicó el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951), se ha ido ampliando el campo de la investigación, siempre a la vez en el terreno de la historia y de la literatura. En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951). En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951).

[1] Para el estudio de las ciudades de Manuel Machado se ha desarrollado en los últimos años de la literatura española. Desde el momento en que se publicó el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951), se ha ido ampliando el campo de la investigación, siempre a la vez en el terreno de la historia y de la literatura. En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951).

[2] El estudio de las ciudades de Manuel Machado se ha desarrollado en los últimos años de la literatura española. Desde el momento en que se publicó el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951), se ha ido ampliando el campo de la investigación, siempre a la vez en el terreno de la historia y de la literatura. En 1957, cuando se publicó el libro de José María Valverde, se había publicado ya el libro de José María Valverde, *Manuel Machado y sus ciudades* (1951).

LAS CIUDADES DE MANUEL MACHADO

Tres ciudades marcaron decisivamente la vida y la obra del mayor de los Machado: Sevilla, Madrid y París; influyendo cada una de ellas no sólo en etapas o períodos diferenciados de su poesía sino, como matices perceptibles, a lo largo de toda su producción, siempre a la zaga del mandato verlainiano: "Pas la couleur, rien que la nuance" (*Art Poétique*). Así pues, la captación de ambientes diversos y sus diferentes logros de estilo, adquiridos a la vista de cada modelo, van transitando a lo largo de su dilatada trayectoria poética y conformando un particular mundo estético en el que la urbe domina sobre el idealismo aldeano tan caro a la poesía española de todas las épocas (1). Detengámonos en esta tríada de ciudades y examinemos su aportación en la obra de Manuel Machado.

Sevilla, cuna del poeta, lo albergará en dos períodos decisivos de su vida: el de su niñez (1874-1883) y el de su formación universitaria (1895-1897), amén de otras visitas esporádicas a lo largo de su vida (2). De su primera etapa escasos reflejos directos aparecen en sus versos, los pocos años del futuro poeta -nacido en la collación de la Magdalena y criado en la casa de las Dueñas- lo justifican; sin embargo, en el autorretrato que inicia *Phoenix* (1936) nos recuerda su aspecto infantil en una fotografía que parece presagiar su oficio:

(1) Pero también Machado caería en la tentación de rendir un cierto tributo al tópico literario en poemas como "Soledades" o "Regreso" en su obra *Ars moriendi* aunque con un carácter acusadamente particular. (Véase MACHADO, M.: *Alma. Ars moriendi*, edición, introducción y notas de P. del Barco, Madrid, Cátedra, 1988, págs. 160-161 y 167-168).

(2) Así por ejemplo en 1910, cuando contrae matrimonio el día 15 de junio en la iglesia de San Juan de la Palma con su prima Eulalia Cáceres Sierra (Cfr. MACHADO, M.: *Prosa*, ed. de J. L. Ortiz de Lanzagorta, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1974, págs. LVIII-LIX).

“Un niño es una fiera... Y yo era niño el día
 en que me hicieron la primera fotografía.
 Mi padre, que era un clásico, sabía, por Orfeo,
 cómo amansa a las fieras la música... Yo creo
 que -instrumento inconsciente del Destino- entre todos
 hallaron, de aquietarme procurando los modos,
 el libro-caja de música en que apoyada
 mi sien se ve. La música me sirve de almohada.
 Rubio y tierno, de dulces ojos, cara redonda,
 el alma toda albor y la guedeja blonda,
 aparezco en aquel retrato, calladete,
 escuchando encantado el dulce soniquete”.

(PH, 223) (3)

Breve niñez sevillana que su hermano Antonio -siempre tan unidos
 ambos- dejaría reflejada en aquellos dos versos imborrables que inician su
 autorretrato en *Campos de Castilla* (1912): “Mi infancia son recuerdos de un
 patio de Sevilla/ y un huerto claro donde madura el limonero”; o aquel otro
 verso, escrito en terribles circunstancias, que vino a cerrar su obra: “Estos días
 azules y este sol de la infancia” (4). La ciudad entrevista o adivinada en el
 recuerdo de Manuel y explícita y luminosa en la memoria de su hermano
 Antonio. Pero en esa nebulosa lejana del poeta de “Adelfos” aparece también
 la imagen de su padre: don Antonio Machado y Álvarez (1846-1893), inicia-
 dor del importante grupo krausista de la ciudad, de posturas políticas radica-
 les y acusador implacable de los vicios de la administración y de la injusticia
 social (5). Mas sobre todo ello Machado y Álvarez fue un tenaz investigador
 que expuso sus abundantes trabajos en la mayor parte de las publicaciones de
 la época, firmados bajo el seudónimo de *Demófilo* (6). Fueron precisamente

(3) A fin de reducir el número de notas del presente trabajo, los versos citados en el texto irán anotados entre paréntesis con la sigla correspondiente a la obra que pertenece, así como la página donde figura. Citamos por la edición de las Obras completas de A. y M. Machado (Madrid, Plenitud, 1973). Las siglas utilizadas son las siguientes: CA (Caprichos), EMP (El mal poema), SE (Sevilla), PH (Phoenix); para *Alma* seguimos la edición de A. Carballo Picazo (Madrid, Ed. Alcalá, 1967) y la indicaremos AL.

(4) MACHADO, A.: *Obras completas*, ed. y prólogo de M. Alvar, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, págs. 136 y 417.

(5) BROTHERSTON, G.: *Manuel Machado*, Madrid, Taurus, 1976, págs. 14-15.

(6) Entre sus obras destacan *Artículos religiosos y morales* (1855), *Batallas del libre pensamiento* (1855), *Colección de enigmas y adivinanzas* (1833), *Colección de cantes flamencos* (1881) y *Estudios sobre literatura popular* (1884).

sus publicaciones de carácter folklórico las que gozaron de un mayor prestigio dentro y fuera de España y, a la postre, las que ejercieron una mayor influencia en el joven Machado, quien ya en 1894 publicaría -en colaboración con su amigo Enrique Paradas- *Tristes y alegres*, donde Manuel da muestras de la asimilación de los rasgos más característicos del cante hondo andaluz en la recreación de sus coplas flamencas. Así, entre sus "Seguiriyas gitanas" está la siguiente:

"Las que se publican
no son grandes penas.
Las que se callan y se llevan dentro
son las verdaderas".

Sirviéndole de precedente la recogida por su padre en la colección de cantes flamencos que dice:

"No ama mucho quien lo dice
sino quien mucho padece;
que amor sin penas y obras,
de amor sólo el nombre tiene". (7)

Cuando vuelve a Sevilla a finales de 1895, para terminar el bachillerato y cursar estudios universitarios con los que labrarse un porvenir y ayudar al sostenimiento de la familia -que atraviesa momentos difíciles tras la muerte de su padre y de su abuelo don Antonio Machado y Núñez (1812-1895)-, Manuel es un joven que ya ha visto impresos un par de libros, el ya citado *Tristes y alegres* (1894) y *Etcétera* (1895), también al alimón con Paradas. Asimismo, habían sido frecuentes sus colaboraciones en *La caricatura* madrileña donde firma *Polilla* o *Tablante de Ricamonte* si el artículo está elaborado juntamente con su hermano Antonio. Su venida a la ciudad del Guadalquivir parece haber estado motivada por su carácter díscolo y bohemio, aficionado en exceso a los amoríos. Se hospedará en casa de su tío Rafael Ruiz, en el barrio de Triana.

(7) Para el estudio comparativo de los cantares de Manuel Machado con los recogidos por su padre véase BROTHERSTON, G.: *ob. cit.*, págs. 131-143. En cuanto a la visión del flamenco por parte de Manuel Machado y su hermano Antonio consúltese ROMERO LUQUE, M.: "Poética de la copla andaluza. (Los Machado y su visión del flamenco)" en *Archivo Hispalense*, Sevilla, 1992, Tomo LXXXV, nº 228.

Manuel cumple con los objetivos señalados por la familia, alcanzando las máximas calificaciones tanto en el grado de bachiller como en el de licenciado en Filosofía y Letras (8). Escribe en *El porvenir* de don Pedro Rodríguez de la Borbolla y participa en los más importantes círculos del krausismo y la intelectualidad sevillana, don Federico de Castro, don Manuel Sales y Ferré, don Luis Montoto, don Joaquín Hazañas y la Rúa, don Juan Díaz del Moral y don Anselmo Fernández. Pero también este Machado, bifronte como Jano, encontró en Triana la afición por el flamenco -ya no sólo conocido por los libros de su padre- bien fuera en los cafés o en los corrales del popular barrio, gustó del pintoresquismo de sus gentes, de las grandes fiestas de la ciudad y de las veladas de los distintos barrios, aumentó su entusiasmo por los toros y se embriagó con "ferrocarriles"... de manzanilla. Incluso tuvo tiempo de enamorarse de una prima suya, Eulalia Cáceres, con la que, andando el tiempo, contraería matrimonio.

De tal manera que, como recoge su biógrafo Pérez Ferrero, "si antes le ha parecido, a Manuel, Sevilla una ciudad de ensueño, ahora, que ve con pena acercarse el instante de su regreso a Madrid, le parece un tesoro que la fatalidad le arrebatara" (9).

Y no es que entonces la capital hispalense fuera precisamente una ciudad idílica. Destacados estudiosos han puesto de manifiesto las numerosas carencias que presentaba la urbe: un ayuntamiento maniatado por el poder central, la insalubridad de sus calles y corrales de vecinos, la escasa dotación social -generalmente en manos de asociaciones religiosas-, las frecuentes crecidas del río y las consiguientes inundaciones. Pero, por otra parte, la Sevilla de la Restauración tampoco era la agitada del periodo isabelino y del revolucionario. Se habían acallado en parte las revueltas sociales, se llevaban a cabo mejoras de consideración en el abastecimiento de agua y de electricidad, se implantaban los transportes públicos, se inauguraban teatros, se publicaban revistas como *La Bética* y *Archivo Hispalense* (1886). Sales y Ferré fundó el Ateneo y Sociedad de Excursiones. Años atrás Machado y Álvarez había creado la sociedad "El Folk-lore Andaluz". Se constituyeron la Sociedad Filarmónica Sevillana y el Liceo Filarmónico. Numerosas publicaciones informaban a los ciudadanos desde los más opuestos puntos de vista, mientras que la ópera, la zarzuela, el teatro, los toros, los café-cantantes y las veladas

(8) MACHADO, M.: *ob. cit.*, págs. LIII-LIV.

(9) PÉREZ FERRERO, M.: *Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, págs. 41-49; cita págs. 47-48.

populares de los barrios ofrecían un rico muestrario de diversiones a los sevillanos del último cuarto del siglo XIX (10). Ésta sería, en definitiva, la Sevilla retratada en los versos de Manuel Machado, una ciudad amable que rinde tributo a los tópicos más comunes. Valga como muestra de cuanto decimos el poema titulado “Velada sevillana”:

“Llovió la guitarra
sus notas en medio
de la copla -noche
de mayo-. Los nervios
sacudió un terrible
estremecimiento...

sacudió un terrible
estremecimiento...
Hablaron de sangre,
de amor y de celos,
de dichas perdidas,
de adioses eternos,
de pena y de suerte
negra... Y de ojos negros.

Fulguró la danza
repentino *allegro*
de llamaretadas,
desmayos y vuelos,
y fue, línea a línea,
momento a momento,
rimando un poema
de heridas y besos,
que de la gitana,
dibujaba el cuerpo,
envuelta en el rico
miliunanochesco
mantón de Manila
radiante y grotesco

(10) Véanse CUENCA TORIBIO, J. M.: *Historia de Sevilla. Del Antiguo al Nuevo Régimen*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1986, págs. 257-314; BRAOJOS, A.; PARIAS, M^a y ÁLVAREZ, L.: *Historia de Sevilla. Sevilla en el siglo XX (1868-1950)*, Tomo I, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1990, págs. 17-50.

Suspiró de amores
 el río en su lecho
 profundo. Los cables
 del barco gimieron
 compasadamente.
 En brazos del viento,
 de los naranjales
 y los limoneros,
 invadió el aroma
 palacios y huertos.

La luna a la reja
 llegó muy de quedo.
 Sevilla y la noche
 se dieron un beso”.

(PH, 240-241)

Guitarra, copla, amor, celos, ojos negros, gitana, mantón de Manila, río, naranjales y limoneros, luna, y beso son los elementos del poema que se verán multiplicados a lo largo de su obra poética de tema sevillano que, si bien se extiende por toda su producción en referencias más o menos concretas, se concentra fundamentalmente en *Sevilla y otros poemas* (1918) y en las secciones que con el nombre de la ciudad y el de “Sonata de primavera andaluza” aparecen en *Cadencias de cadencias* (1943), amén de algunas gotas dispersas de su “sevillanismo” en *Cante hondo* (1912). A veces, el vuelo se eleva en la recreación de algún aspecto de la ciudad, como ocurre en el soneto “Las Concepciones de Murillo”, culminado con ese anhelo que Manuel Machado señaló a lo largo de su vida: “ser bueno”:

“De las dos Concepciones, la morena...;
 la de gracia celeste y sevillana;
 la más divina cuanto más humana;
 la que habla del querer y de la pena.

La pintada a caricias ideales...;
 la toda bendición, toda consuelo;
 la que mira a la tierra, desde el cielo,
 con los divinos ojos maternos.

La que sabe de gentes que en la vida
van sin fe, sin amor y sin fortuna,
y en vez del agua beben el veneno.

La que perdona y ve... La que convida
a la dicha posible y oportuna,
al encanto de amar y de ser bueno”

(SE, 168) (11)

En resumen, Sevilla es en los versos de Manuel Machado una ciudad idílica y encantadora que embriaga los sentidos de quien se acerca a ella, cautivándolo por medio de la belleza de sus mujeres (“La mujer sevillana”), el olor de sus macetas (“Pregón de las flores”), la fastuosidad de sus fiestas (“Saeta”, “Feria de abril en Sevilla”, “Julio”), su emotividad religiosa (“A Nuestra Señora de la Esperanza”, “Jesús del Gran Poder”), la versatilidad de sus canciones (“Sevillanas, serranas”, “Alegrías”) y la impresionante fiesta taurina a la sombra de la Giralda -“alfil soberbio” la llamó el poeta- retratada en *La fiesta nacional* (1906). Como dijera el autor de “Alma”: “Sevilla, mi Sevilla, es, además de la más bonita ciudad del mundo, la más extraordinaria y original” (12). Por eso en su “Canto a Andalucía” no podrá sintetizar en una sola pincelada lo que supone para él su ciudad natal, al igual que hace en el poema con las demás capitales andaluzas, y tendrá que recurrir -¡siempre tan torero él!- a un quiebro en el verso para rematar escuetamente con el nombre desnudo de todo adorno:

“Cádiz, salada claridad. Granada,
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada.
Málaga, *cantaora*.
Almería, dorada.
Plateado, Jaén. Huelva, la orilla
de las tres carabelas.
Y Sevilla.”

(PH, 237)

(11) El aprecio de Machado por este poema se demuestra por su frecuente aparición en distintas obras, así en *Alma. Museo. Los cantares* (1907) -en la sección titulada *Museo- Sevilla y otros poemas* (1910) y *Horario* (1947).

(12) MACHADO, M.: *Prosa, cit.*, pág. 205.

El poeta de "Adelfos" llega a Madrid con su familia en 1883, donde su abuelo don Antonio Machado y Núñez consigue plaza de catedrático en la Universidad Central y con él se traslada toda la familia que, a su llegada, añorará la tierra andaluza. Las buenas relaciones tanto del padre como del abuelo con los profesores de la Institución Libre de Enseñanza hacen que tanto Manuel como Antonio ingresen en ella y la figura de don Francisco Giner de los Ríos calará hondo en los jóvenes alumnos (13). Pero en la casa familiar serán su abuela, doña Cipriana Álvarez Durán, o su mismo padre quienes lean para los pequeños romances, leyendas de Bécquer, novelas de Dickens o dramas de Shakespeare fomentando así su amor por la lectura. Ambos hermanos juegan a ser actores mientras pasa el tiempo, hasta que la muerte del padre, primero -1893-, y la del abuelo, después -1895-, dejan a la familia en difícil trance (14).

Tras la estancia sevillana del mayor de los hermanos Machado para cursar los estudios más arriba mencionados, Manuel vuelve a la capital del estado en 1897. En Madrid vive las discusiones literarias y políticas que el Desastre ha levantado en los cafés de la villa -el Lion d'Or y el Fornos son los que frecuenta con mayor asiduidad- y una incipiente bohemia aflora en la vida del poeta.

Sin embargo, Manuel ha escuchado en todas las tertulias un nombre mágico: París. El mundillo de las letras que conoce le resulta insuficiente y, como el Martínez Ruiz de *La voluntad*, podría decir. "Hace dos días estaba en Madrid: de pronto lo he abandonado todo y me he marchado. La vida literaria se me hacía insoportable; hay en ella algo de ficticio, de violento, de monótono que me repugna. No, no; no quiero más retórica..." (15). Pero dejemos para más adelante su visita a la ciudad del Sena. A su vuelta a Madrid, a fines de 1900, le acompaña el primer fruto de su agitada estancia parisina: *Alma*. Continúa su vida bohemia en tabernas y cafés pero todavía no abandonado a ella del todo. Cultiva y conoce nuevas amistades: Ramón María del Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu, Alejandro y Miguel Sawa, Rafael Cansinos-Assens o Villaespesa. Funda además numerosas revistas literarias como *Electra* o *Juventud*, y escribe en bastantes publicaciones del momento. Es el instante en el que se desatarán abundantes polémicas sobre el Modernismo,

(13) Cfr. ROMERO LUQUE, M.: *Las ideas poéticas de Manuel Machado*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1992, págs. 25-27.

(14) Véase PÉREZ FERRERO, M.: *ob. cit.*, págs. 27-36.

(15) MARTÍNEZ RUIZ, A.: *La voluntad*, ed., introducción y notas de E. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1973, pág. 263.

que es combatido ferozmente por unos, mientras otros lo consideran algo casi divino; y, como consecuencia, proliferan las tertulias donde se suceden defensas y descalificaciones.

Poco a poco el ambiente literario madrileño se va apaciguando. El Modernismo va siendo aceptado y con ello los propios modernistas, que antes formaban un solo ejército, acabarán por dividirse. Unos serán presididos por Valle-Inclán y otros por Benavente. Mientras tanto, Machado amplía el círculo de sus conocidos y mantiene una amistad más intensa con Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, si bien con este último fue más una amistad de carácter literario y muy relacionada con su participación en *Helios*. Por aquellos años publica *Caprichos* (1905), *La fiesta nacional* (1906) y *Alma. Museo. Los cantares* (1907). Manuel va acentuando su vida bohemia en Madrid hasta 1909 cuando viaja de nuevo a París y a su vuelta publica *El mal poema* (1909) con las vivencias de ese oscuro mundo vivido en ambas ciudades, libro del hastío y del cansancio de un hombre que a sus treinta y tantos años se cree de vuelta de todo. La vida nocturna madrileña lo agota por completo y ni siquiera el viaje a tierras francesas le ha mejorado el ánimo. De este último libro y sobre su situación en aquel momento es buena muestra "Nocturno madrileño", título bien significativo de cuanto venimos diciendo y que ocupa prácticamente el centro de la obra:

"De un cantar canalla
tengo el alma llena;
de un cantar con notas monótonas, tristes,
de horror y vergüenza.

De un cantar que habla
de vicio y de anemia,
de sangre y de engaño, de miedo y de infamia,
¡y siempre de penas!

De un cantar que dice
mentiras perversas...
De pálidas caras, de labios pintados
y enormes ojeras.

De un cantar gitano,
que dice las rejas
de los calabozos y las puñaladas,
y los ayes lúgubres de las malagueñas.

De un cantar veneno,
 como flor de adelfa.
 De un cantar de crimen,
 de vino y miseria,
 oscuro y malsano....
 cuyo son recuerda
 esa horrible cosa que cruza, de noche,
 las calles desiertas”.

(EMP, 89)

También Ramón Pérez de Ayala en su novela *Troteras y danzaderas*, (1913) por medio de su *alter ego* Alberto Díaz de Guzmán advierte a un joven literato: “Vete a tu pueblo, Arsenio; vete a tu pueblo. Aún es hora para ti. Aquí terminarás por corromperte física, moral y artísticamente. Cuando te acuerdes quizá sea tarde. Ya has saboreado una década de vicio e insensatez, y eso nunca está mal en la primera juventud, porque te dará el claroscuro de la vida. Tú eres un raro ejemplar de español que tiene sus cinco sentidos muy sagaces y despiertos. Cuida de no malograrte. Y si, como dices, amas el arte, huye de Madrid de prisa, vete a tu pueblo, Arsenio; vete a tu pueblo” (16). También a modo de acto de contrición, con esa ironía y desgaire que lo caracteriza, dirá el mayor de los Machado:

“Yo, poeta decadente,
 español del siglo veinte,
 que los toros he elogiado,
 y cantado las golfas y el aguardiente...,
 y la noche de Madrid,
 y los rincones impuros,
 y los vicios más oscuros
 de estos bisnietos del Cid:
 de tanta canallería
 harto estar un poco debo;
 ya estoy malo, y ya no bebo
 lo que han dicho que bebía”.

(EMP, 78)

(16) PÉREZ DE AYALA, R.: *Troteras y danzaderas*, Madrid, Edaf, 186. El subrayado es nuestro.

Y es que este poeta sevillano y andaluz siempre, a pesar de la distancia física de su residencia, no va a ver en Castilla la imagen simbólica de una España eterna o inmutable en su espíritu. Así, comentando una obra de Azorín escribiría: "Tiene usted razón. El país de Castilla es pobre y perezoso y tiene que estar triste naturalmente. También es rutinario, la inocencia antipática de la rutina. Está desocupado y preocupadísimo. Se inquieta de la muerte y no de la vida. Y eso es congénito en él. Y Madrid es la digna capital de ese pobre pueblo" (17). Al hombre castellano, en su visión, le falta la alegría consustancial a la gente de Andalucía, y la luz y el aroma de sus calles y plazas se trastocan en sobriedad y dureza ambiental. Recordemos esas hermosas pinceladas con las que Machado recreaba en "Castilla" la partida del Cid hacia el destierro y veamos en ellas esa acritud con la que el paisaje acompaña al héroe caído en desgracia:

"El ciego sol se estrella en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro con doce de los suyos
-polvo, sudor y hierro- el Cid cabalga".

(AL, 150)

Incluso la noble tierra de Don Quijote es calificada escuetamente con los siguientes versos:

"Parda y desabrida
la Mancha se hunde en la noche fría".

(CA, 50)

Tras su matrimonio en 1910 su vida se equilibra. Publica *Cante hondo* en 1912 y al año siguiente gana unas oposiciones a bibliotecario que le llevarán, tras un breve periodo en Santiago de Compostela, a trabajar primero en la Biblioteca Nacional y después en la Biblioteca Municipal de Madrid de la que llegaría a ser director. Colabora incansablemente en periódicos y revistas. Entre 1922 y 1924 la editorial Mundo Latino edita sus *Obras completas* en cinco tomos. A partir de 1926 Manuel Machado y su hermano Antonio traba-

(17) MACHADO, M.: *La guerra literaria*, ed., introducción y notas de P. Celma y F. J. Blasco, Madrid, Narcea, 1981.

jarán activamente en la creación de obras teatrales, ocupando la cartelera madrileña sucesivamente con *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel* (1926), *Juan de Mairena* (1927), *Las adelfas* (1928). *La Lola se va a los puertos* (1929), *La prima Fernanda* (1931) y *La duquesa de Benamejé* (1932).

Estalla la Guerra Civil y ambos hermanos quedarán separados corriendo suertes bien distintas cada uno. Manuel, ocasionalmente en Burgos, tendrá que esperar al final de la contienda para volver a Madrid, siendo nombrado académico de la lengua en 1938 -año en el que publica *Horas de oro*-. En 1939 mueren su hermano y su madre en Collioure. Su carácter se va ensombreciendo cada vez más y busca refugio en la religiosidad, de la que son buena muestra sus últimas obras, *Cadencias de cadencias* (1943) -en una de sus secciones- y *Horario* (1947). Madrid sería también la ciudad que acogería un 20 de enero de 1947 el cuerpo sin vida de Manuel Machado en el cementerio de la Almudena.

Pero entre Sevilla, ciudad de su nacimiento y juventud, y Madrid, lugar habitual de residencia y donde falleciera, se alza luminosa la imagen de París. Si Sevilla fue para el poeta de *Alma* la alegría de un casticismo popular andaluz con su acercamiento al costumbrismo; si Madrid supuso sus primeros contactos con los círculos literarios y la vida noctámbula, además del gusto por el lenguaje desgarrado y deliberadamente prosaico que incorporó a su poesía, París se convirtió en la bohemia plena. En sus tertulias captó los logros del parnasianismo que supo llevar a su obra, haciéndole descubrir, como él mismo decía, el poeta que llevaba dentro. En un diálogo fingido entre el joven que fue y el anciano que era en 1944 escribe:

“-¿Qué piensas de nuestro arte, de la poesía a que hemos consagrado lo mejor del alma... y de la vida?

- No fue para mí cosa de la primera juventud. Pasé muchos años buscándome sin hallarme. Buscándome a través de clásicos y románticos, y, ya casi en la madurez, recién cumplidos los treinta, me encontré un día, en París, con el poeta más español y más andaluz de mi tiempo. Era yo mismo...” (18)

Manuel Machado pasa en París tres etapas fundamentales para su producción poética. La primera se extiende desde marzo de 1899 hasta diciembre de 1900. Durante este tiempo Manuel, al que más tarde acompañaría su her-

(18) MACHADO, M.: “Manuel Machado habla de economía, amor y arte con Manuel Machado”, *La estafeta literaria*, Nº 14, Madrid, 10 de diciembre de 1944.

mano Antonio, trabajó como traductor en la editorial Garnier Frères (19); y si la excusa para acudir a trabajar a la capital francesa ha sido la de ayudar así económicamente a la familia, lo cierto es que ambos hermanos están deseosos de conocer esa ciudad que corre en boca de todos los que asisten a las tertulias de Madrid. Simbolismo, parnasianismo, impresionismo son conceptos que ansían conocer en su significado pleno y París era la meca de todos los jóvenes artistas de fin de siglo: pintores, escultores, poetas... Así, como ha señalado certeramente Octavio Paz, aquel París finisecular más que la capital de un estado era el centro de una nueva estética (20) y se hacía imprescindible estar allí. El mayor de los Machado aprovecha y disfruta plenamente su estancia: trabaja y pasea por el Barrio Latino y Montmartre, asiste a los círculos literarios, visita con frecuencia los cabarets, lee a los poetas franceses y... escribe. Pues el joven que ha llegado a la ciudad de los Campos Elíseos apenas si ha escrito algo con acento propio. Por ello cuando Jean Moréas, el poeta más representativo tras la muerte de los grandes -Verlaine, Rimbaud, Laforgue-, le inquiere: "Bien se ve que es usted un poeta. Pero, ¿dónde están sus poemas?", Manuel responde rápidamente: "Ya los escribiré, maestro" (21). Y un día, a la vuelta de un paseo, se encierra en su habitación del hotel Vaugirard frente a unas cuartillas, donde irá caligrafiando despaciosamente algunos versos. "Y aquello -dirá el propio poeta años más tarde-, por la primera vez, no se asemejaba a nada de cuanto yo había hecho antes y era como nacido de una zona del espíritu que se hubiese mantenido casi virgen hasta entonces. Podría decir, con cierta aproximada exactitud, que la poesía se me había bajado al corazón, despejándome para siempre el cerebro de imágenes conceptuosas y de músicas clásicas. Adiós al estilo barroco y al ingenio sutilizante y frío. Adiós a la escuela sevillana, de que yo me creía descendiente directo, con toda su resfriada elegancia. Lo que yo escribo ahora no es nada de eso: soy yo, mi propia alma" (22). Y así, al comienzo de *Alma*, aparece su conocidísimo y tan frecuentemente citado poema "Adelfos" ("Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron...") que, fechado en París en 1899, se convertiría con el correr del tiempo en la enseña permanente del poeta sevillano.

(19) Fruto de este trabajo sería la publicación al año siguiente de una traducción cercana a las cuatrocientas páginas de los *Cuentos bretones. Cuentos populares de campesinos, pescadores y marineros...* de Paul Sevillot. Véase CARRIÓN GÚTIEZ, M. y otros: *Bibliografía machadiana (Bibliografía para un centenario)*, Madrid, Servicio de publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1976, pág. 117.

(20) PAZ, O.: "Traducción y metáfora" en L. Litvak (ed.): *El modernismo*, Madrid, Taurus, 1981, pág. 116.

(21) MACHADO, M.: *Unos versos, un alma y una época*, con la contestación de José M^a Pemán, Madrid, Ediciones Españolas, 1940, pág. 55.

(22) *Ibidem*, págs. 58-59.

En definitiva, Machado aprovecha esta primera estancia parisina para captar de los últimos poetas franceses cuanto de bueno pueden ofrecerle y hacia todos reconoce su deuda en mayor o menor grado: de Albert Samain por la construcción del poema, de Leconte de Lisle su influencia en los versos de "Castilla" y "Oasis", de Heredia en los medallones y retratos de *Apolo* principalmente, de Laforgue en *Caprichos*, de Corbière en "Adelfos" y la sección *Museo*, de Arthur Rimbaud en "El jardín gris" y sobre todos, se alza la figura de Verlaine que brilla en toda su producción.

Sobre la influencia que en este viaje a París ejerció el autor de *La bonne chanson*, *Romances sans paroles* o *Sagesse*, baste con decir que a Manuel Machado se le consideró en su tiempo el "Verlaine español". Por su parte, el propio Machado se reconoció en múltiples ocasiones deudor de la poesía verlainiana y discípulo del poeta. Así pues, el magisterio de Verlaine es constante en toda la obra del mayor de los Machado y su huella aparece en poemas tan distintos como el severo medallón de "Felipe IV" o el alegre juego formal de "Pierrot y Arlequín". De este mismo parecer son la mayoría de los críticos que se han acercado a la obra del poeta que estudiamos y entre ellos destaca Rafael Ferreres, quien con su rigor acostumbrado, ha sabido señalar en un importante trabajo las características de esta influencia (23).

Primeramente hay que buscar la raíz de este magisterio del poeta francés en la sintonía que Manuel Machado muestra con respecto a la famosa composición titulada "*Art Poétique*". Este poema fue escrito por Verlaine en el año 1874 -cuando contaba treinta años de edad- y fue publicado ocho años más tarde (24); rápidamente el poema -verdadero manifiesto simbolista- circuló por los corrillos literarios franceses con sus aprobaciones y censuras correspondientes, para después pasar a los labios de los modernistas españoles e hispanoamericanos, que hicieron de sus postulados estandarte para la batalla que se avecinaba frente a las antiguas escuelas. Este credo poético, que el propio Verlaine sólo siguió en parte de su obra, fue cantado con ardor por los modernistas. Manuel Machado, ecléctico siempre y fiel a su propia personalidad, tomó para sí aquello que más le convenía: el amor hacia los valores musicales que se desprende de las palabras, la huida del sentido preciso de cada verso, el poema indeciso -la canción gris-, la búsqueda constante del matiz, la exaltación del sueño como estado poético y la huida de una retórica basada en la elocuencia. Todas estas características por él escogidas del "Arte

(23) Cfr. FERRERES, R.: *Verlaine y los modernistas españoles*, Madrid, Gredos, 1975.

(24) *París Modern*, 10, XI, 1882.

Poética” nos llevan al verdadero conocimiento de las cosas. Éste es el principal motivo de admiración de Manuel Machado hacia el poeta francés: “Sobre todo, nadie como Verlaine ha cantado el misterio cotidiano, la maravilla frecuente de nuestros deseos y nuestros ensueños, ni tenido la sabiduría sutil de la vida -placer, dolor, amor-; ni nadie ha dicho mejor que él, con sus versos, lo que todos sabemos... y nadie sabe. Por eso, es el más humano y el más divino de los poetas. Y sobre todo, el poeta de hoy, el de “todavía”, el de siempre tal vez” (25). Y tal es la devoción artística de Manuel Machado hacia Verlaine que éste no es sólo inspirador de gran parte de su obra, sino que se convierte incluso en personaje de ella, a la vez que se hace referencia a las constantes penalidades del poeta francés: la dura bohemia llena de suciedad y alcohol, su estancia en la cárcel, sus arrebatos de locura, su continuado paso por los hospitales:

“En el hotel del Barrio Latino, maloliente,
mañanas de color. de agua con aguardiente,
bajo un aborrecible cielo de algodón gris...

Lejano hogar, desde la cárcel dura
donde aquel pobre loco escribió su Cordura
y al son de sus cadenas abominó del mal.

Hogar lejano y sano, llorado en las mezquinas
tardes embalsamadas de hedor de medicinas,
en las horribles salas del fétido hospital.

[...]

Pero aquella figura de hombre tenía un nombre
y arrebató la gloria la figura del hombre...
Y ser feliz y artista no lo permite Dios”.

(EMP, 95)

(25) MACHADO, M.: “Obras completas de Paul Verlaine. Vol. I, *Poemas saturnianos*. Traducción en verso de Emilio Carrere. Vol. II, *Los poetas malditos*. Traducción de Mauricio Bacarisse Madrid, Ed. Mundo Latino”, *La libertad*, Madrid, 19 de junio de 1921.

Pero Machado también se vale de su estancia en París para conocer a otros autores españoles e hispanoamericanos como Pío Baroja (26), Luis Bonafoux, Román Salamero o Enrique Gómez Carrillo. Y, sobre todo, entablará fraterna amistad con el genial nicaragüense Rubén Darío.

Vuelve Machado a París en la primavera de 1902 y permanece allí hasta finales de ese mismo año, invitado al parecer por el famoso actor Ricardo Calvo, que corría con los gastos de su estancia. Se afincó en el Boulevard des Batignoles y vive numerosas experiencias que trasladará posteriormente a su obra *El amor y la muerte* (1913). También aprovechará su residencia en la capital francesa para viajar desde allí brevemente a Inglaterra y Bélgica (27). Manuel se encuentra plenamente integrado en la ciudad y llegará a afirmar: "Nosotros los parisenses. Jean Moréas el griego, el inglés de Irlanda Oscar Wilde, y yo, nacido en la Macarena. Porque en París no hay extranjeros, o si se quiere, lo que no hay en París son parisenses" (28). Entre finales de 1908 y principios de 1909 hace su último viaje de importancia a la capital francesa (29). Harto de la vida bohemia madrileña, pues -como ya hemos señalado- cada vez le producía un mayor desasosiego, hace una huida a la desesperada en busca, tal vez, de un reencuentro consigo mismo. Pero la ciudad de la luz no es ya la misma que él hubiera dejado seis años atrás. Han desaparecido los círculos literarios que conociera y ello le lleva a abismarse aún más en ese mundo de tinieblas del que venía huyendo desde Madrid. Se acrecienta su

(26) No era tan proclive el novelista vasco a la admiración fácil que cantaban muchos de los viajeros a su vuelta de París y así escribió para una revista francesa: "Tenemos esnobismo en todo su esplendor, pero poco a poco se hacen progresos gracias a la labor de algunas almas caritativas que se han tomado el trabajo de instruirnos en ello, contándonos, como lo haría un niño maravillado, los ultimísimos trucos parisinos y la vida y costumbres de todos los fracasados, más o menos espirituales y abracadabrantes, que se hacen notar a la papanatería de los esnobos parisinos" (BAROJA, P.: "Literatura y bellas artes", en R. Gullón (ed.): *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona, ed. Labor, 1980, pág. 76).

(27) BROTHERSTON, G.: *ob. cit.* pág. 25. Su hermano Antonio lo acompañaría también en este viaje, si bien ambos hermanos vivieron y trabajaron por separado. Antonio lo haría en la embajada de Guatemala por mediación de Enrique Gómez Carrillo y regresaría después del verano de aquel año (*Ibidem*).

(28) MACHADO, M.: *Prosa, cit.*, pág. 39.

(29) Vuelve a trabajar en esta época como traductor para la casa Garnier que publicaría gran parte de la obra de Verlaine traducida por el poeta sevillano (*Fiestas galantes, Poemas saturdayanos, La buena canción, Romanzas sin palabras, Sabiduría, Amor y Parábolas y otras poesías*), así como obras diversas de Bayard (*El arte del buen gusto*), Croziere (*Lulú*) y Stendhal (*La cartuja de Parma*). Cfr. CARRIÓN GÚTIEZ y otros: *Ob. cit.*, pág. 117.

pesimismo y termina de escribir *El mal poema* (30). Es el fruto de la desazón. El poeta decide -aunque esto no fuese definitivo- dejar de escribir y así en "Prólogo-epílogo" -inicio de la obra y final aparente de su labor- dirá, recordando las circunstancias en que desarrolla su oficio:

"El médico me manda no escribir más. Renuncio,
pues, a ser un Verlaine, un Musset, un D' Annunzio
-¡no, que no! - por la paz de un reposo perfecto.

[...]

Ello es que se acabó... ¿Por siempre?... ¿Por ahora?...
En nuestra buena tierra, la pobre Musa llora
por los rincones, como una antigua querida
abandonada, y ojerosa y mal ceñida,
rodeada de cosas feas y de tristeza
que hacen huir la rima y el ritmo y la belleza.
En un pobre país viejo y semisalvaje,
mal de alma y de cuerpo y de facha y de traje,
lleno de un egoísmo antiartístico y pobre
-los más ricos apilan Himalayas de cobre,
y entre tanto cacique tremendo, ¡qué demonio!,
no se ha visto un Mecenaz, un Lúculo, un Petronio-
no vive el Arte... O, mejor dicho, el Arte,
mendigo, emigra con la música a otra parte".

(EMP, 76)

El poeta en su desconcierto camina sin rumbo ni esperanza y una triste soledad le invade. No le valen ya los artificios y modos poéticos conocidos. De ahí que este libro venga a ser, a la vez, resumen y superación del simbolismo inicial de su poesía (31). Las paradojas continuas que su vida bohemia le plantea, su falta absoluta de voluntad para salir de ese mundo -a pesar de su profundo malestar interior- junto con la ausencia de un horizonte hacia donde dirigir sus pasos, le producen un cansancio vital difícilmente superable:

(30) El mismo título en su ambigüedad parece hacer referencia tanto a *Les Fleurs du Mal* de Baudelaire como a *La Bonne Chanson* de su maestro Verlaine, de una manera abiertamente irónica. Cfr. ALONSO, D.: "Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado" en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1969, págs. 49-55.

(31) Cfr. BARÓN, E.: "Introducción" a M. Machado: *El mal poema y otros versos*, Granada, Editoriales unidas andaluzas, 1984, págs. 45-52.

“Y ahora en la mitad del camino,
también me cansa el acaso,
...Perdí el ritmo de mi paso
y me harté de caminar”.

(EMP, 80)

La única salida a este marasmo se muestra en el poema “¡Paz!” -los títulos son siempre reveladores en la poesía manuelmachadiana- con un verso esencial que recoge, en definitiva, su ideal y su lema:

“¡Qué harto estoy de luchar!... Tirar a un lado
el puñal y el revólver y la espada,
y el mentir, y las uñas aceradas,
y la sonrisa falsa y el veneno...
¡Y ser un día bueno, bueno, bueno !”

(EMP, 85)

Al fin, su matrimonio, celebrado en Sevilla el 15 de junio de 1910, vendría a ser el lenitivo que el espíritu de Manuel Machado necesitaba.

Sevilla será, ante todo y por siempre, para él la ciudad de la alegría -exterior e interior-. Madrid, a partir de su boda significaría el orden en su vida, el asentamiento del hogar y su lugar de trabajo, mientras que París estará continuamente ligado al recuerdo de su juventud y de su labor creadora. Ya señaló Rafael Ferreres (32), con particular acierto, cómo entre los autores españoles de finales del XIX y principios de este siglo -el grupo que después se dividió algo arbitrariamente bajo los marbetes de Modernismo y Generación del 98- resulta insuficiente la disyuntiva Castilla/París en relación con los estereotipos asignados a cada uno, pues junto a estos paisajes hay otro que esos mismos escritores sienten con mayor intensidad o afecto: el de la tierra natal.

Manuel ROMERO LUQUE

(32) FERRERES, R.: *Los límites del modernismo*, Madrid, Taurus, 1981, págs. 11-34.